

EL FUTURO SERA AYER

MANUEL VICENT

EXISTE una jurisprudencia de la anticipación. Julio Verne, Orwell, Wells, Huxley, Bradbury han contribuido a formar una estética del futuro en la que éste queda en poder de las máquinas y las píldoras. Metidos en este lugar común uno se imagina un mundo de seres con orejas puntiagudas que salen de cráneos pelados, se ve venir a un ejército de guerreros espaciales con aletas de tiburón brotadas en los omoplatos y teme a esos sabios blancos como un papá Noel, aunque de sonrisita diabólica, que juegan con botellones de bacterias extraterrestres, obsesionados con exterminar a la humanidad. Esta clase de futuro está instalada entre nosotros. Se puede ver a cualquier estudiante de bachillerato matando marcianos en el bar de la esquina, a cualquier ama de casa que sueña con alimentar a los suyos sólo con pastillas, esperando el día en que los canelones serán sustituidos por una vacuna contra el hambre.

Hay un panorama de lluvia de fuego al final de la Historia que también está muy acre-

ditado por otros profetas. Aldous Huxley escribió *Un mundo feliz* en 1931, en plena depresión económica, y aquella fue una forma de consolarse escapando hacia adelante. Formuló una postrimería a base de excesos de población y de organización, compuso un cántico al lavado de cerebro, a la persuasión química y subconsciente de la propaganda, al crecimiento canceroso de la ciencia. En el fondo, sus profecías partían de la creencia en el progreso indefinido. En medio del hambre y la bancarota mundial, Aldous Huxley quiso moralizar el futuro bienestar que soñaba como un paraíso de Alá, al que había que organizar en plan humanístico. Todos los desastres anunciados en *Un mundo feliz* se deducen del optimismo esencial de su autor. Pero ya digo que los profetas clásicos son mucho más derrotistas acerca del final de la Historia.

Mientras algunos ingenuos creen que el próximo año los rascacielos serán más altos y cada grano de maíz híbrido se multiplicará por un millón, cuando muchos piensan que dentro de poco las máquinas lo harán todo, desde el amor hasta la política, de modo que el hombre quedará en un risueño pastor de robots, se mantienen en pie las amenazas del fin de este planeta, el anuncio de la traca pos-

trera con que se han ganado el pan los profetas antiguos. En este asunto hay dos opiniones históricas. Unos ven que el ser humano es algo que siempre va a mejor, que cada vez es más bueno, más sensible, inteligente y educado.

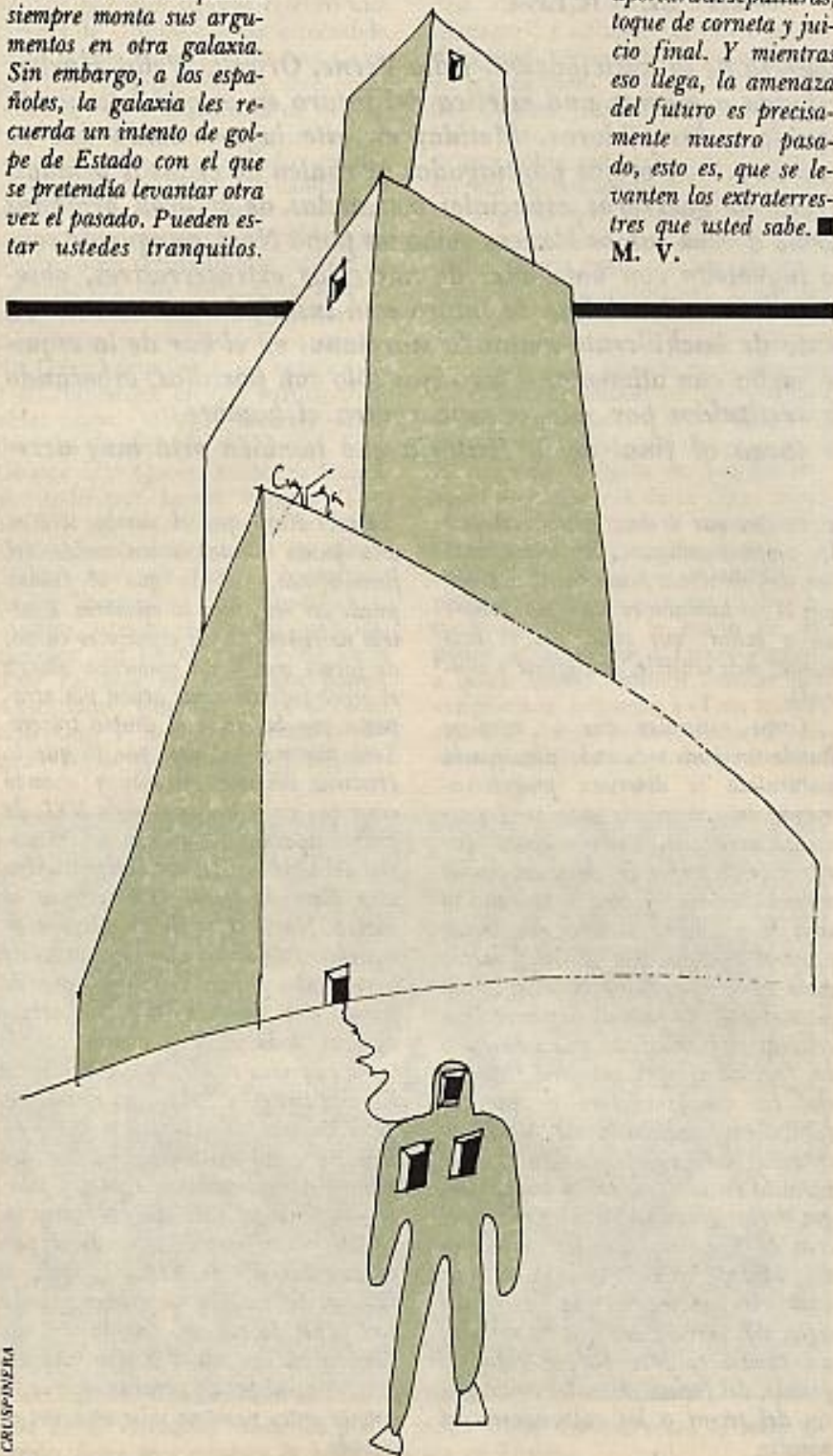
Otros entienden que la raza se hunde un poco más cada día, que la naturaleza se deteriora progresivamente en un movimiento uniformemente acelerado. Unos suponen que este invento puede dar de sí un par de milenios todavía y otros creen que la cosa se peteará el año que viene, hasta el punto de que ya tienen encargado en la agencia de viajes el billete para el valle de Josafat, donde se va a celebrar el juicio final que será como un festival de rock macarra planetario. Lo que está claro es que del futuro vive mucha gente, desde la zingara con la bola de cristal y el pañuelo en la oreja hasta los sociólogos de las Naciones Unidas, desde el coro de Jeremías hasta los ingenieros del Ministerio de Agricultura, que vaticinan para este año la cosecha del siglo. Del mismo modo que los moralistas comen caliente porque existe el pecado, del futuro viven los cultivadores del terror o los cultivadores del paraíso.

Decía Kant que el tiempo sólo es una pauta mental o un molde del pensamiento, con lo que el futuro puede ser muy bien la memoria. Einstein descubrió que el espacio es curvo, de forma que si un ambicioso alarga el brazo infinitamente acaba por atraparse con la mano el propio trasero. Será por eso, tal vez, por lo que la Historia describe círculos y cuando crees que va a llegar el siglo XXI, de pronto aparece Tejero con un mostacho del siglo XVIII. En este país existe otra clase de terror con respecto al futuro. No se trata de una legión de marcianos de orejas puntiagudas ni de homúnculos verdes con la córnea de fuego, sino de militantes del partido agrario, todavía, que vienen a salvarte con una cuadrilla del Somatén. En esta tierra, el futuro no encaja en los esquemas de Huxley o de Ray Bradbury, no existe esa estética del paisaje de ordenadores, cables y pilotos automáticos, cabezas atómicas y paneles electrónicos que acabará por estrangular al individuo. El peligro está en la cartilla de racionamiento con papel de estraza, sellada con un tampón en sanguina. Nuestro específico terror al futuro consiste en que de pronto entre nosotros salte otra vez el pasado.

EL FUTURO

Sobre este punto no se puede escribir ciencia ficción, sino naturalismo a lo Zola. Algunos novelistas ensayan tímidamente como cultura de oídas algunas narraciones donde interviene un conglomerado de telepatías y máquinas síferales. Como rebote de una moda californiana también hay aquí profesores esotéricos del más allá, que nos instruyen acerca del valor magnético de la pirámide. La estética de la anticipación siempre monta sus argumentos en otra galaxia. Sin embargo, a los españoles, la galaxia les recuerda un intento de golpe de Estado con el que se pretendía levantar otra vez el pasado. Pueden estar ustedes tranquilos.

A nosotros no nos van a invadir los marcianos, ni nos ahogará el tedio vital que se deriva de la abundancia, ni las máquinas, ni los rascacielos, ni los cerebros electrónicos, las incubadoras, las retortas de laboratorio acabarán con nuestra libertad. Lo nuestro sigue siendo el fin del mundo, cuando Dios quiera, al estilo clásico, según anunciaron los especialistas, es decir, fuego, terremotos, aperturas de sepulturas, toque de corneta y juicio final. Y mientras eso llega, la amenaza del futuro es precisamente nuestro pasado, esto es, que se levanten los extraterrestres que usted sabe. ■
M. V.



CRUZPANEIRA

LA obra del filósofo Michel Serres (I), profesor en La Sorbona, desespera a veces al lector. Su lógica no se asemeja a ninguna otra.

Consiste su proyecto filosófico en elaborar un discurso nuevo que traiciona las consignas metódicas de Descartes.

«La imagen que Descartes ha dado del método —escribe Serres— es la línea recta, pero el método rectilíneo es siempre repetitivo». Y este filósofo tiene un santo horror de la repetición. Por ello se ha zambullido durante años en el estudio de las ciencias exactas, por una parte, y de todas las mitologías, por otra. Su proyecto —que seduce cada vez más a la intelligentsia francesa— consiste en pensar de igual modo la ciencia y el mito, con el fin de establecer un racionalismo nuevo, desprovisto de certidumbres, que nos permita defendernos tanto contra los mitos científicos como contra las mitologías políticas.

—¿Existe una filosofía del futuro?

—Tal vez no de forma institucional, pero pocos filósofos hubo que no se hayan preocupado por saber lo que va a ocurrir. Platón escribió textos sobre el futuro, Bergson también y muchos otros, cada cual a su modo, porque el futuro en filosofía no está enmarcado en una categoría como la historia, el conocimiento, el objetivo, etc. Por ejemplo no todas las filosofías del futuro son filosofías de la transformación. El futuro depende de la filosofía del tiempo que cada uno tiene: hay filosofías del tiempo basadas en el eterno retorno, o circular, en cuyo caso el único futuro que existe es el del pasado. En lo referente a la naturaleza, todos los filósofos, entre ellos Auguste Comte a principios del siglo XIX al cerrarse el sistema newtoniano, vieron claramente que cuando hablaban de previsiones se referían en realidad al pasado, puesto que todo lo que en astronomía se podía considerar del orden del futuro pertenecía exclusivamente al terreno de lo ya existente. Por ejemplo, cuando se anunciaba un

(I) *Hermes* I, II, III, IV. Editions de Minuit, Paris.

Le Parasite, Ed. Grasset, 1980, Paris.